CARTA ABIERTA A DON CARLOS DE LA ISLA

*Alberto Sauret**

Querido Doctor: cuando hace unos cuantos días me llamó, como infaltablemente lo ha venido haciendo desde mis primeros días de convalecencia, para invitarme a que participara en esta ocasión con una página, sentí una gran emoción, comparable a la que experimenté poco antes cuando me llegó el libro y pude leer su generoso primer párrafo, semejante a la que me provocaba oír su voz desde diez mil kilómetros de distancia con la invariable vista del techo de un sanatorio, dándome valor para ascender de las tinieblas a la luz, una variación de la mayéutica a la que Ud. ha consagrado su vida.

No obstante sentirme indigno para la empresa, la acepto agradecido porque –aunque no hace falta porque allí todos lo conocen muy bien– sirve para mostrar su modesta magnanimidad incluirme entre los integrantes de esa mesa. Pero no se preocupe, también la acepto porque me sirve: “la vergüenza es revolucionaria”, la caída invita a la salvación, el ser consciente de la desproporción obliga a intentar corresponder, como Ud. nos viene enseñando, el estado de perplejidad es el mejor para forjar utopías.

No me atrevo a felicitarlo porque sería una imprudencia, dado que tácitamente implicaría mensurar su obra, y lo que Ud. hace Doctor en todo caso es medida de la excelencia, creo que sólo cabe retribuirle

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

las gracias por su libre, gratuita, gratificante y graciosa enseñanza que supera toda asignatura.

En honor a la verdad debo decir también que mi inclusión en el grupo respondió a que por haber colaborado con su edición, al momento de su aparición era de los que mejor conocían el contenido del libro. Sin embargo Doctor, y le pido una disculpa, no voy a referirme a ningún fragmento en particular, me resisto a cometer la herejía de destazar sus textos, que merecen ser completamente leídos y sabidos, saboreados y asimilados línea por línea.

Aunque con reticencias, afortunadamente Ud., hombre de palabra donde los haya, también se ha convertido en un hombre de letras y con sus escritos aprendemos, pero los que tenemos la fortuna de conocerlo y de tratarlo contamos con el incomparable privilegio de aprender de otras enseñanzas más fundamentales que desbordan la explicación académica. “El hombre es símbolo del hombre”, enseña Platón. Me refiero a lo que nos enseña cuando en todo momento Ud. se enseña, cuando con cada gesto involuntariamente nos muestra un modo ejemplar de concebir, es decir de imaginar y también de recrear la vida, en las lecciones de humanidad que Ud. trasunta tras cualquier asunto.

154 | Acudo a la acertada semblanza que de Ud. hizo nuestro Rector cuando en ocasión de otorgársele la distinción de Profesor emérito lo describió como un hombre con ideales áticos y disciplina espartana. Parecería que así fue su admirado Platón, ateniense de pura cepa, filolacedemonio, que aunque despreciaba la democracia (su procedimiento despojado de valores condenó a muerte al más virtuoso de los hombres de su tiempo según el oráculo de Delfos), tuvo la inmejorable ocurrencia de fundar la primera universidad para formar a los mejores. Su utopía fue tan buena, que aparentemente falló en reproducir su doctrina, lo que hubiera llenado de orgullo a su maestro, pues despertó el espíritu herético de un discípulo, capaz de contradecirlo sin privarlo de verdad.

Se comenta que los moribundos como en torbellino suelen evocar imágenes de experiencias cruciales a lo largo de su vida, especialmente de su infancia y si, como dicen los poetas, la infancia es la patria, la patria es la infancia. Yo me siento muy afortunado por contar con dos o,

mejor, una patria y una patria, así sin especificación de roles genéricos. Siempre, pero especialmente en mi agonía, mi alma despegaba de estas latitudes para deambular por aquella tierra de mis inicios, porque en México descubrí una de mis vocaciones más claras, la docencia, y como lo he reconocido públicamente en otras mesas compartidas con Ud., encontré en el ITAM, en Estudios Generales, el elemento nutricio del *alma mater*.

Dice nuestro querido Gusdorf, que los diálogos del espíritu tienen consecuencias imprevisibles y que a veces, sobre todo en la relación maestro-discípulo, aun cuando se tergiversa el sentido de lo escuchado se producen encuentros decisivos que marcan para toda la vida, así juzgo mi encuentro con Ud. Doctor. Nunca fui alumno suyo, por lo tanto mis pretensiones de verme como su discípulo son peregrinas y *sui generis* y menos que nunca Ud. puede tener culpa en el destino desgraciado de sus enseñanzas. De todos modos perdón por la osadía estimulante que en mi interpretación herética no encuentro forzada —debe ser por hereje.

Como podrá imaginar, he conocido incontables maestros profesionales, hasta algunos muy buenos, pero en ninguno antes que Ud. he podido ver la conservación intacta de la llama sagrada del amateur, del hombre que descubre en su oficio un destino sagrado, irrenunciable, *amor fati* que no dudo, es el estigma inconfundible del filósofo, del que por gratuito gusto siempre busca algo más verdadero y por exquisita gracia difunde sus hallazgos y mucho más, la insaciable pasión por más, por algo mejor.

Sócrates funge como padre putativo de la filosofía porque desecha el camino andado por la cosmología para emprender la búsqueda antropológica, es decir, de las razones de la ética.

Para iniciar la presentación de su libro Ud. escribe: “En la primera clase del curso de ética suelo decir a los estudiantes: ésta es la materia más importante de todas las materias, de todas las carreras”; y por supuesto que lo es Doctor, pero asimismo como Ud. sabe mejor que nadie y aquí la causa que, perdón, adivino en sus desvelos, es la más difícil de impartir, porque la imprescindible enseñanza de humanidad

en que consiste la ética no puede ser constreñida al contenido de una materia sin riesgo de esterilizarla, de cosificarla.

Los grandes autores resultan monotemáticos, obsesionados por ideas fijas (cada una de sus páginas muestra el ADN que constituye toda su obra). En la continuidad de su trabajo Doctor, me parece comprobar la perseverancia en hacer ostensibles tres puntos principales: la ética como meollo de la formación de una persona; la inconveniencia de fomentar en el educando la pasiva acumulación erudita mediante el que, con Freyre, llama ‘método bancario’; y la perentoria demanda de compromiso de la comunidad universitaria con el destino de toda la comunidad.

Donde antes vi parecidos de familia ahora encuentro la progresión genética de los tres puntos. Se me hizo evidente que el mal endémico de nuestros sistemas educativos radica en la ausencia del método dialógico, que induce al hallazgo de la propia voz. Basta una simple introspección para comprobar que sólo entendemos aquello que descubrimos, que cobra verdad súbitamente por la actividad de la inteligencia decantando conclusiones del trasiego de experiencias personales.

Es el hallazgo del fuero íntimo el que confiere a la ética su prioridad cardinal y el que permitiría ver en el divorcio de la Universidad con su entorno –al que debe su origen y finalidad– una amplificación de la desdichada escisión del alma, un extravío del conocimiento dañino para la simbiosis entre lo individual y lo colectivo.

El dominio del monólogo enajena progresivamente la dimensión ética, operando de hecho una suerte de desregulación pulsional en cadena resueltamente suicida.

Platón decía que para filosofar era preciso superar la rémora de las opiniones mediante un figurado volverse niños, capaz de recrear el asombro del que apenas despierta al misterio de la vida. Porque, igual que la duda metódica, el asombro se cultiva; a una mente sumida en la necesidad o acosada por lo innecesario no es fácil convocarla para la aventura de la libertad.

Ética implica autoconciencia crítica tras la acción y se hace carne como segunda naturaleza en la aplicación cotidiana observada por la máxima ‘no hay mejor teoría que una buena práctica’.

Al buscarnos nos hacemos; *inventio* es tanto hallazgo como creación. En consecuencia, el encuentro con el maestro será determinante para emprender el desvelamiento y realización de un proyecto existencial que con la plasmación del propio genio sirve al afianzamiento de una autoestima ajena a las veleidades de cosas y opiniones.

La tarea autógena de la propia sazón pone de buen ánimo. Es una lástima el envase latino de ‘felicidad’ para *eudemonía*, que paraliza su dinamismo implícito en la sentencia ‘llega a ser el que eres’, que asimismo alude a la tensión dialéctica entre libertad y necesidad.

La eudemonía no es una meta sino un estado que sobreviene sin el propósito de buscarlo, plenitud del espíritu consustanciado con su actividad, que implica la asunción del sentido trágico de la existencia correlativo al descubrimiento de la libertad.

Creo que diagnósticos como los de inautenticidad, enajenación o hipocresía (en el sentido freudiano) tienen su origen en el habitual escape de una meditación sincera sobre la propia muerte. Por acendrada costumbre evitamos una reflexión en torno a que con nuestras decisiones, siempre ante disyuntivas que marcan un camino irreversible, vamos sellando nuestro destino, crucial para comprender los vínculos racionales entre ética y felicidad.

Si bien ‘felicidad’ alude algo inconmensurable, no es totalmente ajena a relaciones de tipo cuantitativo, por ejemplo cuando nuestro bienestar, resultante de un trabajo honrado, no sólo no va reñido sino que puede contribuir en mayor o menor medida al bienestar ajeno.

En relación con esto sobreviene la desazón, un destemplado apremio tras preguntarse: ¿cuáles son mis lealtades?, ¿a quiénes sirvo con mi trabajo?, ¿contribuyo en algo a una vida más libre o también soy otro cómplice de esclavitudes? Porque irreflexivamente podría creerse que la ignorancia esclaviza y el conocimiento libera, pero no siempre la relación es directa (como en general sucede con los vínculos, que sirven tanto a la solidaridad liberadora como a las ataduras que oprimen).

Porque el ‘conocimiento es poder’ sirve tanto a la emancipación como al sometimiento, y aunque a veces ennoblece, más bien el poder corrompe.

La buena moneda desplaza a la mala. El pseudo conocimiento, dogmático y opresivo, teme al conocimiento verdadero fundado en la apertura y autocrítica, porque éste lo desarma al poner en evidencia su poder ilegítimo que explota errores, prejuicios y mentiras. Por lo mismo, el conocimiento crítico es útil para las libertades, mientras aquél sirve a las esclavitudes. Hoy los supremos dictados de la productividad exigen obediencia que allane el camino para su expansión irrestricta.

Aunque nunca se expresara de manera tan abierta, recuerdo el malestar respirado en tantas juntas de profesores, por el creciente temor de que nuestro Departamento obediente a directivas pragmáticas fuera gradualmente privado de pensamiento crítico y convertido en artículo decorativo, útil para el *marketing* y el conformismo autocomplaciente de las buenas conciencias.

El oscurantismo obcecado y ultramontano que sabotea la misión iluminadora de la institución universitaria es una aberración infame, porque no se trata simplemente de un atentado contra la libertad de pensamiento, reivindicación por excelencia del ideario liberal, sino de una implacable persecución al que no comulga con su imbécil ideología.

Tras la algarabía de nuestros jóvenes, más ruidosos que alegres, me parece percibir un hastío, entre la decepción y el desprecio, por la mediocridad del mundo recibido de sus padres, abundante y trivial. Como los niños, por más que disfruten las condescendencias al principio de placer, aunque no lo reconozcan desean porque necesitan algo en qué creer más fuerte que sus antojos.

Doctor, al recordar la prolongada y sostenida entrega a su trabajo, sus apasionadas intervenciones casi solitarias en defensa de causas justas, su frecuente indignación ante la indiferencia y la necedad, su discretamente contenida decepción, se me presenta el rasgo inconfundible de la perseverancia humanista: pesimismo de la inteligencia,

optimismo de la voluntad. Y a propósito de este optimismo que finalmente percibo en Ud. y que comparto, le hago un último comentario, que podría servir de pie para otra charla.

Una de las últimas imágenes que recuerdo del Instituto es la de un grafito en la zona de obras –que duró muy poco, quizá porque el tono no combinaba con el de las nuevas alfombras– que decía: ‘No a la demolición del Partenón’, del que le propongo una lectura quizá demasiado interesada, pero como nos han enseñado los cabalistas, sin malabarismos hermenéuticos no se operan milagros.

El Partenón es el símbolo más prominente de esa ‘Grecia de Grecia’ cuya fecunda escuela todavía nos inspira; por lo mismo, en esa leyenda me atrevo a leer el vedado reclamo: ‘Conservemos la solidez de Estudios Generales’.

Perdón Doctor, Ud. me solicitó una página, pero yo soy muy lento, con más tiempo hubiera logrado alguna concisión, la brevedad certera es cosa de maestros no de pequeños saltamontes.

También le pido una disculpa por los latinismos, pero cuando chico me vestían de monaguillo y hacían repetir fórmulas incomprensibles, por lo que me siento autorizado a descargar expresiones que apenas barrunto.

Si la evocación de nuestros diálogos ha resultado más que herética, fumada, por favor echémosle la culpa a la cruda de anestesia o a las transfusiones; quién sabe quiénes pueblan mis balbuceos.

Gracias y enhorabuena por el regalo de su nuevo libro, Maestro, pero sobre todo, gracias por ser platónicamente un maestro ideal y aristotélicamente tan pleno de accidentes ejemplares.

Contra las esclavitudes y por las libertades, en lo personal y por Ud. no me veo ni más ni menos amigo de Platón que de Aristóteles, pero en honor a la verdad, me siento honrado por el regalo de su amistad, querido Doctor.

Lo abraza,
Alberto Sauret

Victoria, Entre Ríos, abril 2006